

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 24 DE ABRIL DE 1921

NÚM. 19.414

UN LIBRITO RARISIMO DE MATEO ALEMAN ARANCEL DE NECEDADES Y DESCUIDOS ORDINARIOS

UNA feliz casualidad nos llevó a tropezar, pocos días hace, con un menudito volumen antiguo, una de esas rarezas bibliográficas, quitapesares y golosina de rebuscadores. Es un folletito en 8.º, de cuatro hojas, en papel basto y con tosca impresión, pariente muy cercano, por su perjeño y porte, de los castizos y plebeyos pliegos de cordel. Tal sería acaso su destino cuando, hace ya tres siglos, en el año de gracia de 1615, salió en Valencia de las prensas de Juan Crisóstomo Garriz, «junto al Molino de Rovella». Titúlase *Aranzel de necedades y descuidos ordinarios*, y en la linda portada, ingenuamente ornada de unos rudos grabados en madera, campea el glorioso nombre de Mateo Alemán... de Alfarche. ¡De Alfarche! Ese añadido que el impresor colgó al auténtico apellido es toda una apoteosis, toda una glorificación, el laurel de la fama, el ardoroso soplo con que ya la celebridad acariciaba, en las postrimerías de su azarosa vida, al autor del GUZMÁN.

No hay en ninguna bibliografía noticia de la obra, como tal libro aparte desglosado de las restantes páginas de aquel preclaro ingenio entre las cuales antes se estampó, y es insigne rareza que la suerte fuera salvando de la injuria del tiempo el pobre pliegucillo hasta llevarlo a manos de un coleccionista tan culto, solícito y ferviente como el ilustre D. Juan Manuel Sánchez, que ha hecho famoso entre las gentes doctas su pseudónimo de *Un bibliófilo aragonés*. El Sr. Sánchez, descubridor y poseedor feliz del delicioso opúsculo, no quiso que yaciera callado y como muerto en un panteón-armario de su biblioteca, y cuidadosamente lo reprodujo, va para cinco años, en la *Revue Hispanique*. Pero la difusión que tienen esa revista benemérita y los extractos de ella que algunas veces—como en este caso—dan a las prensas en restringidísimo número sus cooperadores, no se extiende hasta el campo del gran público; se circunscribe a un núcleo de lectores selectos. Hoy, deshecha y dispersa la imponderable colección del Sr. Sánchez, y habiendo la casualidad traído ante nuestros ojos el folleto, encontramos de perlas la ocasión de que se reproduzca en estas hojas, como un reverdecer de aquel jocundo ingenio del buen Mateo Alemán.

Sólo por suya, sólo porque brotó de aquella mano

que del barro de nuestra picardía hizo imperecedero monumento de gloria a nuestras letras, merece ya ser sacada a los vientos de la publicidad esta curiosa obrita de pasatiempo y recreación, liviana menudencia literaria, como tantas y tantas de su tiempo, tal vez un poco tosca y otro poco infantil para esta épo-

arraiga y multiplica en daño notorio nuestro y de todo el género humano; para evitar mayores daños, que la corrupción de tan peligroso cáncer no pase adelante; acordamos y mandamos dar y dimos estas nuestras leyes a todos los nacidos y que adelante sucedieren, por vía de hermandad y junta, para que, como tales, y

por Nos establecidas, las guarden y cumplan en todo y por todo, según aquí se contiene y so la pena dellas.

Otrosí, porque lo primero que se debe y conviene prevenir para la buena expedición y ejecución de justicia son oficiales de legalidad y confianza, tales cuales convenga para negocio tan importante y grave, nombramos y señalamos por Jueces, a la buena policía, curiosidad y solicitud, nuestros Legados, para que, como Nos y representando nuestra persona misma, puedan administrar justicia, mandando prender, soltando y castigando, según hallaren por derecho. Y Nos desde aquí señalamos por Hermanos mayores de esta liga a los que fueren celosos, cada uno en su lugar, y el que lo fuere más que los otros. Nuestro Fiscal será la Diligencia, y el Muñidor, la Fama.

Primeramente, a los que fueren andando y hablando por la calle consigo mismo y a solas, o en su casa lo hicieren, los condenamos a tres meses de necios dentro de los cuales mandamos que se abstengan y reformen; y no lo haciendo, les volvemos a dar cumplimiento a tres términos perentorios, dentro de los cuales traigan certificación de su enmienda, pena de ser tenidos por precitos; y mandamos a los Hermanos mayores los tengan encomendados.

Los que, paseándose por alguna pieza ladrillada o losas de la calle, fueren asentando los pies por las hiladas o ladrillos y por el orden dellos, si con cuidado lo hicieren, los condenamos en

la misma pena.—Los que, yendo por la calle, por debajo de la capa sacaren la mano y fueren tocando con ella por las paredes, admítense por Hermanos y se les conceden seis meses de aprobación, en que se les manda se reformen; y si lo hicieren de costumbre, luego el Hermano mayor les dé su túnica y las demás insignias y sean tenidos por profesos.

Los que, jugando a los bolos, cuando acaso se les tuerce la bola fueren el cuerpo juntamente, pareciéndoles que así como ellos lo hacen lo hará ella, en su



Este es Mateo Alemán
autor de la vida del Pícaro

ca, pero que tiene el buen sabor de nuestro hablar castizo, el sano humor de nuestro viejo espíritu y, sobre todo, un interés documental cuyo prestigio y realce, más que su propia enjundia, se lo da el nombre inmarcescible de su autor.

He aquí el curioso texto:

Nos la Razón, absoluto señor, no conociendo superior para la reformatión y reparo de costumbres contra la perversa necedad y su porfía, que tanto se

pecado morirán. Declarámoslos por Hermanos ya profesos. Y lo mismo mandamos entenderse con los que semejantes visages hacen derribándose alguna cosa; y con los que llevando máscaras de matachines o semejantes figuras, van por dentro dellas haciendo gestos, como si real y verdaderamente les pareciese que son vistos hacerlo por de fuera, no lo siendo; y con los que lo contrahacen, sin sentir lo que hacen, o, cortando con algunas malas tijeras o trabajando con otro algún instrumento, tuercen la boca, sacan la lengua y hacen visages tales.

Los que cuando esperan al criado habiéndolo enviado fuera, si acaso se tarda, se ponen a las puertas y ventanas pareciéndoles que con aquello se darán más prisa y llegarán más presto, condenamos a los tales a que se retraten y reconozcan su culpa, so pena que, no lo haciendo, se procederá contra ellos.

Los que brujulean los naipes con mucho espacio sabiendo cierto que no por aquello se les han de pintar o despinar de otra manera que como les vinieron a las manos, les condenamos a lo mismo; y, por causas que a ellos nos mueven, se les da licencia que, sin que incurran en otra pena, sigan su costumbre con tal condición que cada vez que viere al Hermano mayor, o pasare por su puerta, haga reconocimiento con descubrirse la cabeza.

Los que, cuando están subidos en alto escupen abajo, ya sea para ver si está el edificio a plomo, ya para si aciertan con la saliva en alguna parte que señalan con la vista, los condenamos a que se retraten y reformen dentro de un breve término, pena de ser habidos por profesos.

Los que yendo caminando preguntan a los pasajeros cuánto queda hasta la venta así está lejos el pueblo, por parecerles que con aquello llegarán más presto, los condenamos en aquella misma pena, dándoles por penitencia la del camino y la que van haciendo con los mozos de las mulas y venteros. Lo cual se ha de entender, teniendo firme propósito de la enmienda.

Los que orinando hacen señales con la orina, señalando en las paredes o dibujando en suelo, ya sea orinando a hoyuelo, se les manda no lo hagan, pena que si perseveraren serán castigados de su Juez y entregados al Hermano mayor.

Los que cuando el reloj toca, dejando de contar la hora preguntan las que dan, siéndoles más decente y fácil el contarlas, lo cual procede las más veces de humor colérico abundante, mandamos a los tales que tengan mucha cuenta a su salud, y siendo pobres, que el Hermano mayor los mande recoger al Hospital, donde sean preparados con algunas guindas o naranjas agrias, porque corren riesgo de ser muy presto modorosos.

Los que, habiendo poco que comer y muchos comedores, se divierten a contar cuentos, gustando más de ser tenidos por lenguaces, decidores y graciosos que de quedarse hambrientos; por ser tintos en lana y batanados, los remitimos con los incurables; y mandamos que se tenga mucha cuenta con ellos, porque están en siete grados y falta muy poco para ser necesario recogerlos.

Los que, por ser avarientos o por otra cualquier causa o razón que sea, como no nazca de necesidad (que no se deben guardar leyes en los tales casos), cuando van a la plaza compran de lo más malo, por más barato, como si no fuese más caro un médico, un boticario y barbero todo el año en casa curando las enfermedades que los malos mantenimientos causan; condenámoslos en desgracia general de sí mismos, declarándolos, como los declaramos, por profesos, y les

sas lugar o tiempo a lo que algunos acostumbran por sus intereses, para ver el signo de Tauro, Aries y Capricornio, lo cual es torpísimo caso y feo, condenámoslos a que, siendo tenidos por tales Hermanos, no gocen de los privilegios dellos, no los admitan en sus cabildos ni se les dé cera el día de su fiesta.

Los que llevando zapatos negros o blancos, ya sean de terciopelo de color, para quitarles el polvo que llevan o darles lustre lo hicieren con la capa, como si no fuese más noble y de mejor condición y costosa, y por limpiarlos a ellos la dejan a ella sucia y polvorosa, los condenamos por necios de vaqueta, y siendo nobles, por de terciopelo de dos pelos fondo en tonto.

Los que, habiéndose pasado algunos días que no han visto a sus conocidos, cuando acaso se hallan juntos en alguna parte, se dicen el uno al otro: «¿Vivo está vuestra merced?», «¿Vuestra merced en la tierra?», no obstante que sea encarecimiento, los nombramos por Hermanos, pues tienen otras más propias maneras de hablar, sin preguntar si está en la tierra o vivo el que nunca fué cielo y está presente; y les mandamos poner a los tales una señal admirativa, y que no anden sin ella por el tiempo de nuestra voluntad.

Los que después de oída Misa y cuando rezan las Avenidas a la campana de alzar o en otra cualquier hora que en la iglesia se hace señal, en acabando sus oraciones dicen: «Beso las manos a vuestra merced», aunque se suponga en rendimiento de gracias, habiendo dado la cabeza dellos los buenos días o noches, los condenamos por Hermanos y les mandamos que abjuren, a pena de la que siempre traen consigo siendo señalados con su necedad; pues en más estiman un «Beso las manos» falso y mentiroso (que ni se las besan ni se las besarían aunque los viesen obispos, y más las de algunos que las tienen llenas de sarna o lepra y otros con unas uñas caireladas, que ponen asco mirarlas) que un «Dios os dé buenas noches, o buenos días». Y lo mismo les mandamos a los que responden con esta salva cuando estornuda el otro, pudiéndole decir: «Dios os dé salud.»

Los que, buscando a uno en su casa y preguntando por él, se les ha respondido no estar en ella y haber ido fuera, vuelven a preguntar: «¿Pues ha salido ya?», dándonoslos por condenados en rebeldes contumaces, pues repiten a la pregunta que ya les tienen satisfecha.

Los que habiéndose llevado medio pie o, por mejor decir, los dedos del en un canto, y con mucha flemma llenos de cólera vuelven a mirarlo de mucho espacio, los condenamos en la misma pena y les mandamos que la quiten o no la miren, pena que se les agravará con otras mayores.

Los que sonándose las narices, en bajando el lienzo lo miran con mucho espacio, como si les hubiese salido perlas dellas y las quisieran poner en cobro, condenámoslos por Hermanos y que cada vez que incurrieren en ello den una limosna para el Hospital de los incurables, por que nunca falte quien otro tanto por ellos haga.

LAUS DEO

ARANZEL DE NECEDADES, Y DESCVYDOS ORDINARIOS.

POR MATEO ALEMÁN
de Alfarache.



CON LICENCIA,

En Valencia: Por Juan Chrysostomo Garriz,
junto al molino de Rouella, Año 1613.
Vendese en la misma Empresa.

FACSIMIL DE LA PORTADA DEL ÚNICO EJEMPLAR CONOCIDO
DE ESTE LIBRO

mandamos no lo hagan o que serán por ello castigados de los curas, del sacristán y sepulturero de su Parroquia, más o menos conforme al daño.

Los que las noches del verano y algunas en el invierno, se ponen con mucho espacio (ya sea en sus corredores y patios) ensillados, ya en ventanas o en otras algunas partes enfrenados, y de las nubes del aire fueren formando figuras de sierpes, de leones y de otros animales, los declaramos por Hermanos; empero si aquel entretenimiento lo hicieren para dar en sus ca-

pena y les mandamos que la quiten o no la miren, pena que se les agravará con otras mayores.

Los que sonándose las narices, en bajando el lienzo lo miran con mucho espacio, como si les hubiese salido perlas dellas y las quisieran poner en cobro, condenámoslos por Hermanos y que cada vez que incurrieren en ello den una limosna para el Hospital de los incurables, por que nunca falte quien otro tanto por ellos haga.

LOS POETAS JÓVENES

EL SONETO

Es el soneto la gentil y alada
nave que cruza el mar de la poesía;
es el poeta timonel que guía
y es la palabra estela plateada.
A las cuerdas del verso aprisionada
la vela de la estrofa se desliza,
y es el cierzo del alma hecho armonía
el que impele la quilla acompasada.
Van los catorce remos de la nave
con el augusto aletear suave
que se desgrana en perlas por el viento.
Y al perderse la rítmica velera,
muestra el palo mayor, como bandera,
el regio pabellón del pensamiento.

Angel DE GREGORIO

DIOS TE LIBRE...

Dios te libre—águila, golondrina—
de ser algo doméstico.
El molde es el suplicio
del emparedamiento.

Y el azul—tu azul—será como una patria
vista desde el destierro.

Más te valiera, hermano
—paloma, gavián—, quedarte ciego
y surcar el espacio
con las indecisiones del murciélago;
pero volar, al fin,
por torpe y desrumbado que sea el vuelo!

Al que nace con alas
—gorrión, albatros—, ¡dejadle en su elementol
¡Dios te libre de arrancarle una pluma!
¡Dios te libre de cogerle en el cepol...
Ruiseñor en la rama
o humilde totovía en el barbecho,
dice su canto de tenor de moda
o su rústica copla de labriego.
¡Pero no le déis jaula a quien camina
apoyado en el viento!
No le marques un sitio a quien se lanza
de lucero en lucero,
—luz en las manos y en los pies estela—,
maravilloso pájaro de fuego,
que va, voltea y torna
en los innumerables caminos de lo eterno...

Ante el ala tendida
admira con respeto.

¡Y tú, que tienes alas,
no te dejes que te corten el vuelo!
Que te aniquile el rayo, ¡pero nunca
te mancille el grillete de los cepos!

F. MARTINEZ-CORBALAN

AZUL

Yo no siento el pecado. Yo no siento
el dolor de vivir. Yo amo la vida.
Siempre me trae la canción del viento
un beso fiel de la mujer querida.

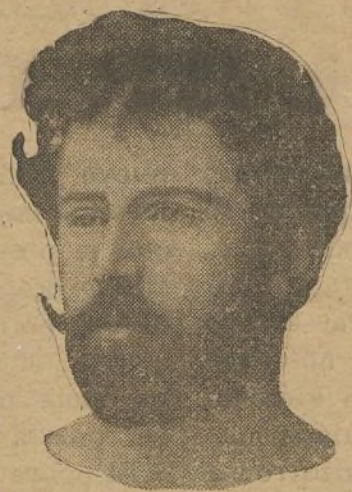
Y siempre hay una risa sobre el llanto
de una noche sin pan y sin fortuna.
Y es mi canto de amores. Es mi canto
un suspiro de amor bajo la luna.

Aurora, luz, vibrante sangre moza
hay en el cuerpo y en el alma mía.
Lo mismo en el palacio que en la choza
he vivido el amor y la alegría;
y si una vez el corazón solloza,
me arranco el corazón con gallardía.

Guirao HOMEDES

Una conmemoración justiciera

Las obras de Darío Regoyos



No hace todavía seis años, celebrábase en Madrid la Exposición de artistas vascos. Exposición casi desierta, sin más éxito que el de la «crítica»—mejor dicho, de cierta crítica y de esa reducidísima parte del público madrileño, cuya retina no se ha formado con las tablitas—la chula, la manola, la torre del Oro, la vista de la Alhambra, y el bodegón, con las ostras, la langosta y la raja de limón—diarias y seculares de la calle de Alcalá.

(La Exposición de artistas vascos: la «parienta pobre» de la estrepitosa y oficial Exposición de artistas belgas, al mismo tiempo celebrada en el mismo Palacio del Retiro. Todos los honores para ésta, desde las visitas de altos personajes hasta la entrada principal del edificio. La de los vascos no tenía en la fachada mas que una puertecilla lateral. «Y si usted supiera, nos decía el bueno y gran Maetz, cuánto he tenido que luchar para que me dejasen este pedazo de puerta!»)

Había en aquella Exposición muchas obras muy buenas; algunas, admirables, y el conjunto era, en total, el más interesante que hubiera ofrecido en Madrid un certamen de obras contemporáneas. Pero... por su exterior, por su «materia de exhibición», parienta pobre. Salas interesantes y casi desiertas.

La soledad indignaba. ¡Qué insensibilidad, qué incompreensión, qué aislamiento el de este ambiente madrileño! Pero en llegando a la última sala, la indignación trocábase en exasperación, casi en desconsuelo. ¡Era una sala dedicada a Darío de Regoyos! Por eso, cuando hace poco Isabel de Regoyos vino a pedirnos nuestro concurso para organizar una Exposición de obras de su padre, le contestamos con entusiasmo: «Lo que usted quiera y como usted quiera. Pero no ha

personalidades devotas de Regoyos que, en breves días, inaugurará en el Palacio de Bibliotecas y Museos, con toda solemnidad, con toda pompa, la primera «retrospectiva» del paisajista genial.

No han transcurrido aún seis años des-

«gran público», apreciará difícilmente este progreso. No recordando, le parecerá imposible.

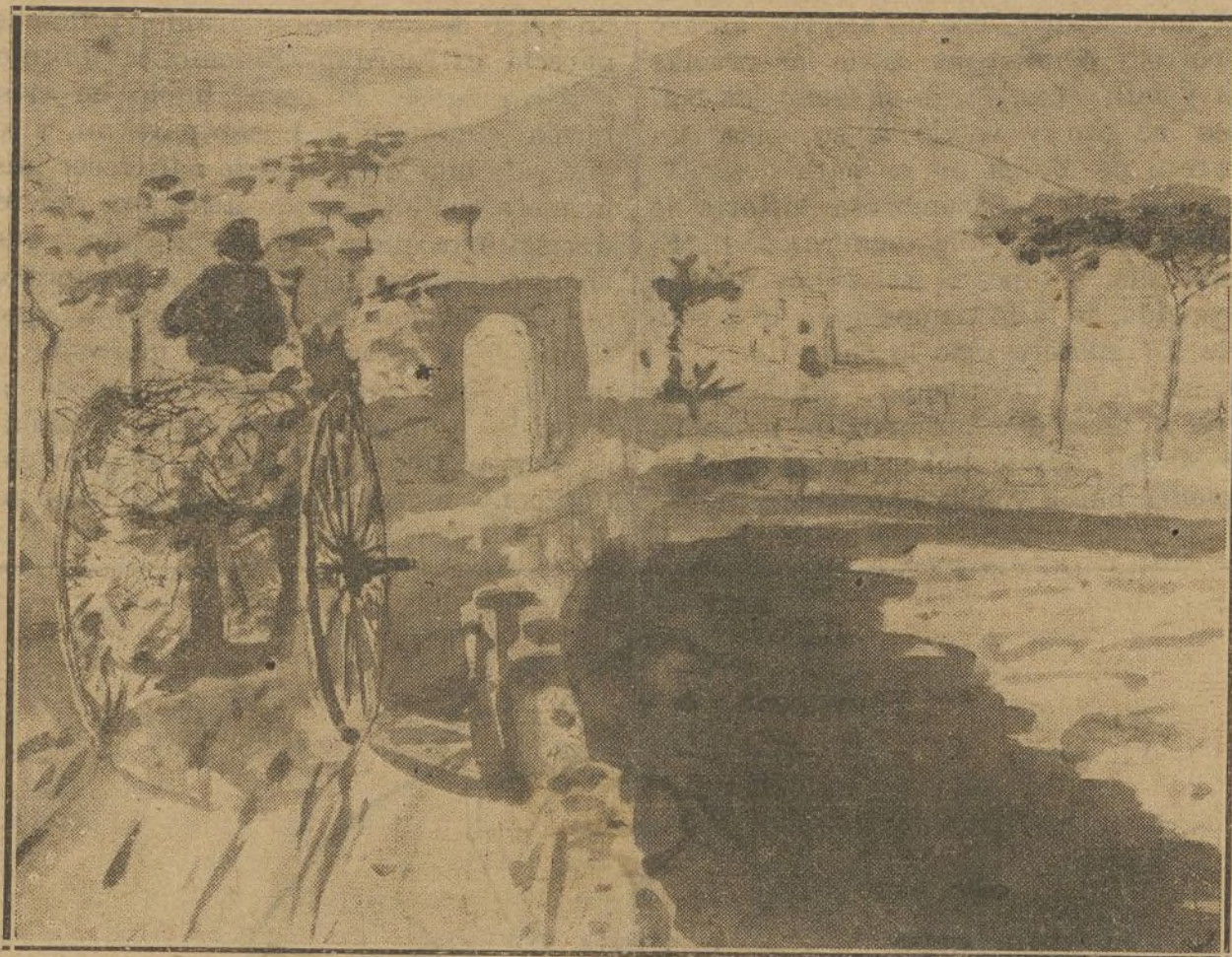
Hay artistas que se comprenden poco asequibles a la simpatía genenal, y nadie se extrañará de que a «la gente que compra» no se le ocurra

a nosotros, por desgracia, el impresionismo—o lo que así llamábamos—nos llegó representado, a lo grímico, por playas levantinas cegadas por la exterioridad downesca de su sol.

Si; ahora lo que resulte incomprensible en la obra de Regoyos será probablemente el que no se la comprendiese desde un principio en toda su magnitud. Y ¡quién sabe? Quizá esté bien que así haya sucedido; quizá haya sido conveniente esa incompreensión que aquí, en su patria, rodeaba a este artista que, glorioso en tierras extranjeras, necesitaba del dolor de su patria para su tranquilidad espiritual. Porque quizá sea esta incompreensión lo que le haya acercado cada vez más a la Naturaleza, hasta fundirle con esos paisajes de luz suave y tonos lloviznos, que parecen brotados de su corazón ingenuo y ardoroso como manantiales de fuerza y de pureza, destinados a sublimizar toda una época del arte español.

No faltará quien se extrañe de estas últimas frases, pues el surco marcado por Darío de Regoyos en nuestra pintura no se parece en nada a esas influencias estrepitosas que, durante unas cuantas Exposiciones, unen, ante el público indiferente, las obras salidas de un mismo taller o creadas mirando hacia un mismo punto. Su misma independencia, su misma altivez, prohibieron siempre a la obra de Regoyos esas fáciles aureolas de «maestros».

Y, sin embargo, como maestro quedará, y maestro en el sentido literal de la palabra. Y para los que bien amaron desde un principio la dulce irradiación de su aire y su luz, su próxima Exposición retrospectiva será algo así como una



POMPEYA. — LOS PINOS Y EL VESUBIO. — DIBUJO DE REGOYOS

de la Exposición de artistas vascos, y parece que han transcurrido siglos.

Entonces se estaba casi a principios de la guerra, y la guerra había de ser luego nuestra gran europeizadora, entendiendo por europeización el irnos apartando espiritualmente de nuestra geográfica situación en la cola de Europa, y el irnos acercando a ese centro ideal por donde pasan las corrientes que renuevan y vivifican la sensibilidad. Hoy no puede decirse que sería imposible, pero si muy difícil, que quedase casi desierta una sala de Exposición con cuadros de Regoyos. Y no es que el «gran público» sepa hoy mucho mejor que antes quién era Regoyos y cuál es su significación, sino que en estos últimos años ha aprendido que, entre esas pinturas que él no entiende, las suele haber de gran mérito. Quizás la incompreensión sea la misma; pero la mofa, si no en admiración, en adhesión, franca y completa, por lo menos se ha

quererse recrear con un Solana colgado en su comedor. Pero ¡Regoyos! Esa seriedad en la contemplación de la Naturaleza, que ha hecho asociar tantas veces al nombre de Darío el del beatífico Santo de Asís, ¿no tiene acaso una emotividad suficiente para atraer todas las devociones? ¿No suben acaso a los labios los cantos a nuestros hermanos el Sol y la Tierra ante estos cantos de amor a la luz en sus más sutiles e inefables matices? Mas recorda a Monet, el hermano mayor de Regoyos: tuvo tal fervor por cada vibración de la luz y del aire, que quiso dedicar lo mejor de su obra a celebrar una por una cada imponderable variación de un mismo paisaje; y, sin embargo, para sus «catedrales» y sus «almiñares», para esas series que parecen nacidas de un amor igual al que hacía cubrir de frescos pintados de rodillas las paredes del florentino Convento de San Marcos, el público, al principio, sólo tuvo mofa y desdén. Luego, por fin, es verdad, se fué comprendiendo poco a poco que impresionismo, en lugar de superficialidad, decía, en algunos maestros, devoción muy estrecha y muy pura. Pero

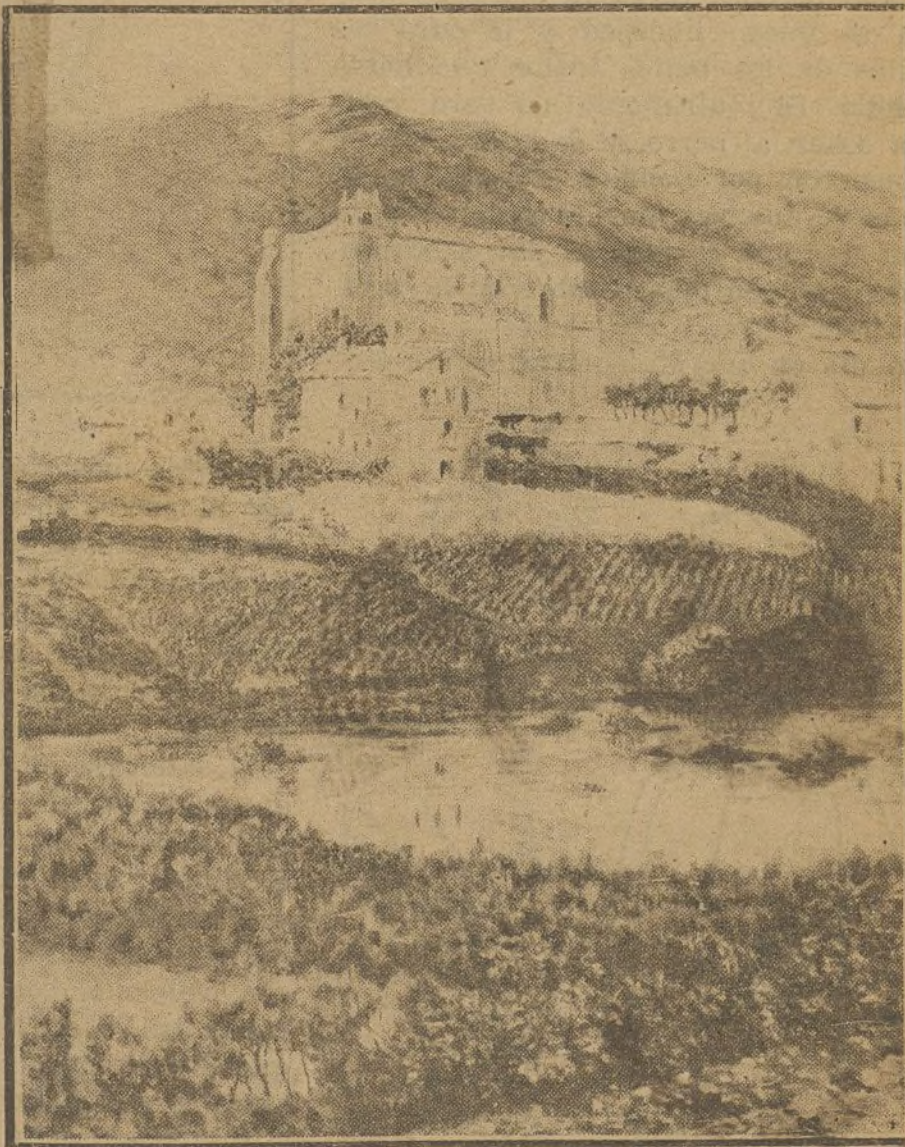


EL GALLINERO. — (COLECCIÓN DE D. EUGENIO LEAL)

de ser esta una Exposición cualquiera; ha de ser un homenaje con toda la gloria que corresponde a una de las obras más gloriosas del arte español. Y así la aconsejamos formase ese Comité de ilustres

trocado en respeto. Y esto es cuanto se les puede pedir a todos los «grandes públicos» de la tierra.

El público, que no es lo que pueda comprenderse en esa apelación genérica de



LEZO (GUIPÚZCOA). — (COLECCIÓN DE D. JUAN BASTERRA)

acción de gracias por toda la humanidad; la humanidad, si, que esta obra trajo a las posibilidades artísticas que vieron después.

Margarita NELKEN

LEYENDA DEL HOMBRE BUENO, EL HOMBRE MALO Y LA MUJER CHARLATANA



ERASE un hombre llamado Mateo, que era muy bueno, y tenía una mujer, llamada Matea, que era muy charlatana. Además de esto, los dos eran muy pobres.

Enfrente de su casa vivía un zapatero remendón llamado Matías, menos pobre que ellos, que no tenía mujer y era muy malo.

Todas las mañanas, Mateo se echaba un talego al hombro y se daba una vuelta por las calles de la ciudad, registrando con un gancho en las basuras de las casas y recogiendo los trapos y objetos viejos que encontraba; tanto monta decir que era trapero; este oficio le daba para vivir todo lo malamente que vivían él y su mujer.

Un buen día, en uno de sus paseos matinales, Mateo vió a unos chiquillos traviesos que maltrataban a un perro y se divertían con él; le habían atado una sarten a la cola y se reían a carcajadas por los brinco desesperados del pobre chucho, aterrado por el ruido infernal que llevaba tras de sí. Mateo, indignado, se acercó y avergonzó a los chicos por su maldad; llegó hasta el extremo de alzar una estaca, amenazándolos con una paliza, aunque el buen hombre era incapaz de maltratar a nadie.

Los bribonzuelos huyeron, y Mateo cogió al perro en brazos; le quitó la sarten y se lo llevó a su casa. Matea, no por ser charlatana dejaba de ser buena. Al pronto, y como era natural, no le hizo mucha gracia ver el triste y único objeto que traía su marido en el talego; pero tan pronto como oyó la historia del desdichado perrillo, se calmó y acogió muy bien al nuevo huésped y le curó las huellas de los malos tratos que había recibido. El matrimonio no tuvo valor para echar al perro, y se quedó con él; le pusieron por nombre «Rascapulgas», y más de una vez marido y mujer para poder dar una corteza de pan a su protegido, pasaron más hambre de la acostumbrada.

Un día en que Mateo cruzaba un bos-

que pedrusco colocado junto a un árbol; Mateo adivinó en seguida, aunque no se la explicase, la intención de su amigo; probó a mover la piedra; pero ésta era tan grande y pesaba de tal manera, que le fué de todo punto imposible; entonces «Rascapulgas» se acercó con un airecillo de triunfo y de satisfacción, y nada más que con la puntita de la cola hizo rodar la piedra, que dejó al descubierto una cavidad, ¡oh, maravilla!, llena de monedas de oro. Entre ellas había un pergamino con unas líneas que indicaban que aquel tesoro había de pertenecer a quien lo descubriera.

El buen Mateo, loco de alegría, abrazó al perro y empezó por darle las gracias una y mil veces; luego se llenó los bolsillos de oro y volvió a su casa. La sorpresa de Matea no es para describir; pero el callar la asombrosa historia le hubiera costado una enfermedad. El mismo día, y apenas volvió su marido la espalda, le faltó tiempo para ir a contarle al zapatero todo lo ocurrido.

También le faltó tiempo a Matías para correr al bosque en busca de las monedas que Mateo pudiese haber olvidado; pero la piedra había vuelto a su sitio, y le fué

nuevo prodigio a Matías. Inmediatamente se presentó éste a pedir a su vecino que le prestase la escudilla maravillosa. Mateo era incapaz de negar un favor a nadie; pero cuando Matías tuvo la escudilla en su casa y vió que para él no producía moneda alguna, su rabia fué tal, que la quemó.

El pobre Mateo se fué tristemente, pero sin enfadarse, a suplicarle que le diese las cenizas de la escudilla, y las guardó, piadosamente agradecido por todo el bien que le había hecho.

Aquella noche, mientras el buen Mateo dormía, vió aparecérselo en sueños un perro de oro, deslumbrante, y que se parecía extraordinariamente al difunto «Rascapulgas»; el perro habló en esta forma: «Fuíste muy bueno para mí, y lo que vale más aún, supiste agradecer mis primeras bondades; yo, a mi vez, quiero demostrarte que no soy un ingrato y que sigo velando por ti. Te voy a proporcionar la ocasión de hacer fortuna, que buena falta os hace y bien merecido lo tenéis. Sigue mis consejos al pie de la letra. He aquí lo que debes hacer mañana por la mañana: Colócate al paso del rey, con las cenizas de la escudilla en la

Mateo permaneció inmóvil. En el acto, los guardias se precipitaron sobre él, y con insultos y amenazas le ordenaron que se descubriese y saludase con todos



los respetos debidos al monarca. Pero él respondió sin inmutarse:

—Mi poder es superior al del mismo rey, porque soy mago y puedo hacer que crezcan las hojas en los árboles en invierno.

Todo el mundo se echó a reír, burlándose de él; pero el rey, sorprendido por tal audacia, dijo:

—Que demuestre lo que dice.

Entonces Mateo abrió la cajita que llevaba y echó un puñado de cenizas sobre el árbol, que al momento se cubrió de hojas verdes y frescas.

El rey, maravillado ante tal prodigio, se llevó a Mateo y le colmó de regalos y de honores.

Una vez más, Matea puso al corriente a su vecino de todo lo que les había ocurrido, y Matías se apresuró a pedir a su vecino lo que le quedaba de aquellas preciosas cenizas.

Al día siguiente hizo exactamente lo que había hecho Mateo, colocándose él también al paso del rey y contestando lo mismo a los guardias que querían obligarle a descubrirse. Pero cuando, ante la orden del rey, quiso hacer la prueba y echó las cenizas sobre el árbol, éste se quedó con las ramas tan desnudas como antes.

El rey, enfurecido por el engaño, estuvo a punto de atravesarle con su lanza; pero se calmó y se limitó a condenar al descarado importor a destierro para toda la vida.

Mateo y Matea vivieron ricos con los regalos del perro, de la escudilla y del rey, y todo lo felices que merecían ser dos personas tan buenas, tan compasivas y tan agradecidas. Pero lo mejor de todo fué que Matea se curó de su charlatanería..., sin duda porque ya no tenía ningún vecino a quien contarle todo lo que le ocurría.

PINOCHO

Dibujos de BAROLOZZI.



imposible moverla; entonces fué a buscar al perro, y se lo llevó a la fuerza; pero ni caricias ni golpes ni amenazas consiguieron que «Rascapulgas» le ayudase en su empresa, como había ayudado a su amo; Matías, furioso, le mató y se fué echando lumbre de rabia y de envidia.

Al enterarse el buen Mateo de la desaparición de su perro y de que el zapatero se lo había llevado al bosque, fué a suplicar a su vecino que le dijese la verdad. El mal hombre lo confesó todo, y Mateo, sin hacerle siquiera un reproche, volvió al bosque, enterró al perro, y con las ramas del árbol hizo un pequeño mausoleo para el cuerpo de su humilde amigo; luego, con el tronco del mismo árbol, se fabricó una escudilla que necesitaba.

Pero una vez en casa, al ir a echar la sopa en ella, dió un grito de sorpresa: ¡la escudilla estaba llena de oro!, y así ocurrió todos los días antes de cada comida. Tampoco esta vez supo Matea sujetarse la lengua, y corrió a contarle el

mano; cuando veas que todo el mundo saluda, permanece tú cubierto, declarando que tu poder es superior al del soberano, porque eres un mago capaz de hacer que crezcan las hojas en los árboles en pleno invierno. Luego, para efectuar este prodigio, te bastará con echar sobre un árbol seco las cenizas de la escudilla que fabricaste con el tronco de aquel árbol con que hiciste un mausoleo en mi recuerdo.»

Mateo se guardó muy mucho de desobedecer esta orden; a la mañana siguiente se puso su traje de los días de fiesta, cogió la cajita que contenía las cenizas y fué a colocarse en la carretera, junto a un árbol seco, a la hora en que el rey solía pasar con toda su corte para dar su paseo acostumbrado.

De pronto se oyeron sonos de clarines y trompetas, y el rey apareció montando un caballo negro y seguido por un cortejo deslumbrante de soldados, señores, damas y carrozas de gala.

Todo el mundo se descubrió, inclinándose, al paso de la regia comitiva; sólo



que con el perro, que no se separaba nunca de su amo, notó que «Rascapulgas» le tiraba de la chaqueta, obligándole a ir hasta un lugar donde había un enor-

LAS COSAS QUE SE PIERDEN

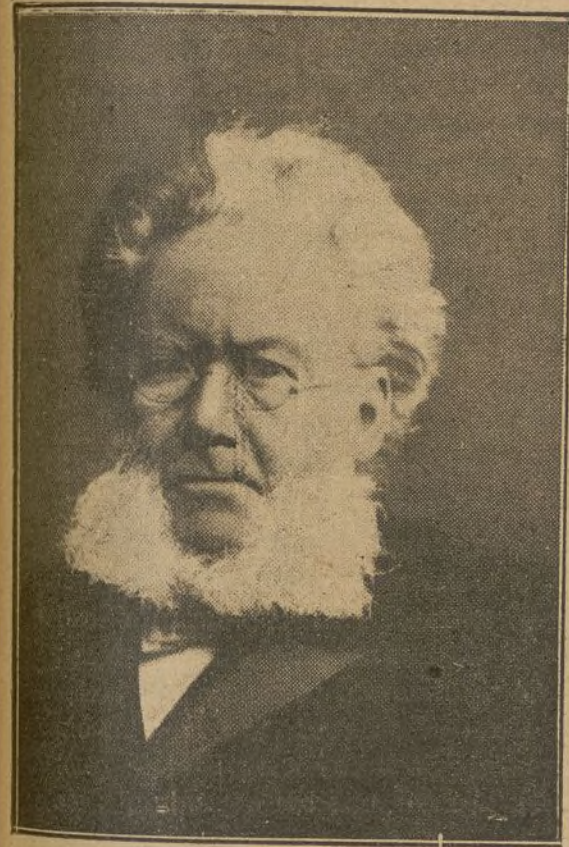
ELOGIO DE LOS BOTES

Es verdad que en la botica hay de todo.

Si el genio de invención hubiera de vincularse a una profesión determinada, no podría conferirse el privilegio mas que a los farmacéuticos, por la mayor cantidad de patentes que registran.

Parece que en las demás profesiones no se inventa nada.

Ungüentos, esparadrapos, cataplasmas, polvitorios, gargarismos, pomadas, emplastos, linimentos, ceratos, lociones, colirios, pildoras, pastillas, jarabes, grasas, sellos y millones y millones de específicos acreditan una inteligencia profesional bien despierta y atenta a los dolores, a la par que enérgica e impositiva.



ENRIQUE IBSEN, BOTICARIO

Ofendiendo al mal y a la enfermedad esas invenciones, hechas para dulcificar nuestro paso por este valle de lágrimas, merecen la más alta estimación de las gentes. Así, los más grandes inventos de la mecánica no valen nada frente al aceite de higado de bacalao, adivinado ya por Xenócrates de Afrodísia, el diaquilón de Menócrates, la triaca de Andrómaco y el herbario de la auténtica Celestina, que no sólo curaba las enfermedades del alma, sino que recomponía la carne aunque no quedara tela.

Pero más, mucho más, debemos a la farmacia en un orden superior, por encima de sus prodigios químicos y de su arte de presentar los productos. En la revolución y progreso de las almas le debemos excelentes y magníficas obras de arte y de ciencia política y social. En esas reboticas de aldea se han elaborado, no pocas veces, las representaciones más ricas y más fuertes de la opinión para llevarlas derechamente al Parlamento, lo mismo aquí que fuera.

Entre nosotros, nuestra Revolución fué obra de un farmacéutico ilustre: Calvo Asensio, que, admirando seguramente las acciones y reacciones de los cuerpos químicos, pasándolas al teatro en una dramaturgia inocente, se resolvió a llevarlas a la vida política, fraguando en el crisol de la Prensa un enérgico revulsivo de la opinión, con *La Iberia*, para poner en condiciones democráticas al país.

Otro farmacéutico ilustre, Enrique Ibsen, periodista y autor dramático también—algo mejor que Calvo Asensio—, hacia del drama en el norte de Europa

el arma más fuerte para la revolución, al revolucionar a los espectadores con los caracteres de un teatro donde las mujeres, no medias naranjas, sino naranjas enteras, son incomprensibles para quien les concede a lo sumo media individualidad, a un solas, fuera del amor y de la familia.

Volviendo a nuestra patria; ornato vivo de la Restauración fué aquel célebre doctor Garrido, que trabajó como nadie para el arreglo del estómago de la raza, averiado y deshecho por las hambres de otros tiempos. El fué el primero que utilizó la cuarta plana de los periódicos por entero para exponer un evangelio y miles de testimonios consoladores a tantos dispépsicos de sus días.

El mal sigue, sin embargo; pero sus émulos y continuadores insisten en multiplicar los productos de su fértil y piadoso ingenio empleando desde la fórmula más compleja al bicarbonato químicamente puro, gratuitamente distribuido con magnificencia cristiana en to-

das partes, sin subir ni bajar de precio en medio de las luchas humanas.

Un presente filosófico interesante, aunque ya retrasado cuando vino, a pesar de su carácter de específico racional recomendable, fué la traducción que el

farmacéutico señor Fabié hizo de la «Lógica», de Hegel, el filósofo tudescó que zurcaba a su criada todos los días antes de ir a cátedra, parodiando las reyertas conyugales de Sócrates y su señora.

Y es que ese ambiente de la farmacia, al parecer reposado y tranquilo, donde el botamen en los estantes remeda un columbario y cada tarro uno de los vasos canópicos donde guardaban los egipcios las vis-

ceras de los embalsamados, es no sólo un laboratorio de medicinas para la carne, sino el lugar más adecuado para la exaltación de un cerebro joven, apriornado y sujeto por una obra manual, fina y minuciosa, que, soñando más allá del globo verde del escaparate de la tienda, se coloca al servicio de una ac-

ción revolucionaria y sana, como protesta al reposo y a la enfermedad en que vive.

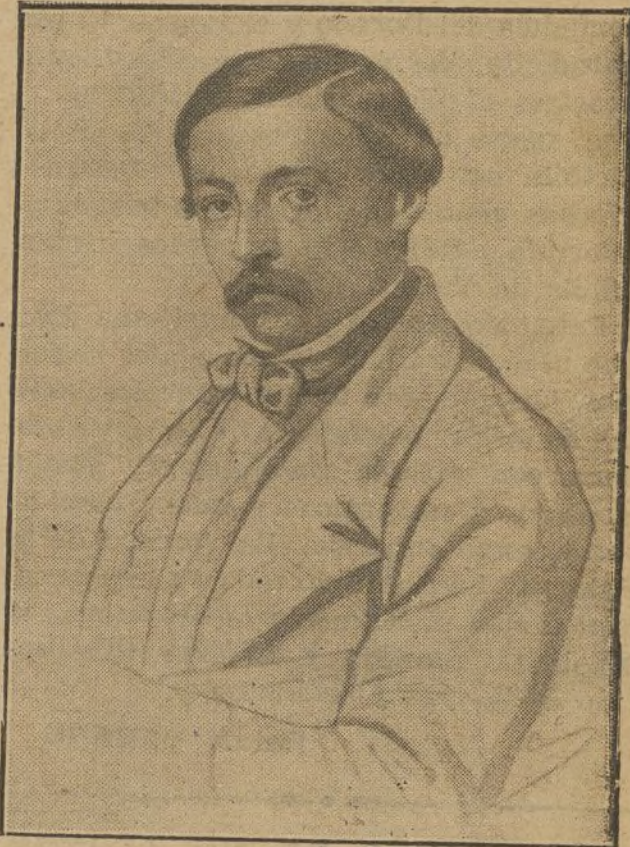
La Internacional obrera encontró así, en Borrell, al genio dinámico y definidor que necesitaba.

La farmacia fué también en la pasada centuria un nobilísimo asilo de los necesitados dignos. Unos momentos, unos instantes, como Castelar y muchos hombres de la República, fueron mancebos de farmacia accidentales, hallando así un auxilio en sus modestos medios para proseguir sus estudios.

Pero el beneficio social más considerable que se debe a la farmacia es seguramente haber enseñado la técnica comer-



EL DOCTOR GARRIDO, «SIEMPRE EN SU FARMACIA»



CALVO ASENSIO, BOTICARIO

cial, mostrando a todos los productores el arte de la venta y la ciencia de la propaganda. Ningún producto humano ha sido lanzado al comercio de las gentes con más habilidad que los productos farmacéuticos. Los prodigios del envase y de la presentación no han sido sobrepasados jamás por nadie, no ya desde luego en el cumplimiento de la higiene, sino del buen gusto y de la elegancia.

Fuera de la Divina Palabra, que en las repetidas versiones de las Santas Escrituras ha alcanzado el mayor número de traducciones, es posible que no haya un producto material que haya sido anunciado en mayor número de idiomas que el «Jarabe de la madre Seigel» o el purgante de mister Le Roy. Es verdad que después de la salvación, lo que más interesa a los hombres es la salud, palabra sinónima de aquélla en muchísimas partes y dulcemente equívoca no pocas veces. De todos modos, ese afán, al parecer desmedido, de publicidad salvó a comienzos del siglo pasado al más romántico de los escritores, a Walter Scott, que, por consagrar unas líneas a las pildoras de Howard, pudo publicar una novela y agotarla fácilmente entre un público que le admiraba, pero que no quiso anticiparle un «perro chico».

La cerámica ha contribuido al ornato de la farmacia de un modo extraordinario, hasta darle el nombre popular con que se conoce el laboratorio y oficina de los remedios: «botica». La mayólica, los barros de Talavera, de Alcora, y las porcelanas del Buen Retiro deben, en cambio, a los farmacéuticos gran parte de la conservación de su prestigio estético. El



Señor, ser boticario es un castigo; treinta años hace que lo soy, y el hambre dondequiera que voy viene conmigo.

(Caricatura de Ortega)

botamen del hospital de Mesina, con sus sesenta magníficas piezas de Urbino, siendo un tesoro, puede compararse con el de algunos conventos y hospitales españoles que poseen en sus boticas ejemplares preciosos de este arte nacional. Josias Wedgwood admiraba nuestros tarros de farmacia—de droguería, dicen los ingleses—, y encontró en los de Alcóra motivos interesantes para el impulso que dió a la cerámica inglesa. Pues si es cierto que nuestros antiguos boticarios daban dos cuartos de belladona en una carta enrollada—el cuatro de oros o el cinco de copas—, tenían también el botamen más artístico del mundo, porque antes que nadie, desde el siglo X, se organizaron en corporación, conocieron las especias de Oriente, adquirieron el recetario árabe, y por el descubrimiento de América, más tarde, los simples y las yerbas que sólo ellos podían suministrar a toda Europa: la quinina, la coca, el mate...

La botánica, que es como la teología para el sacerdocio farmacéutico, fué para nosotros una ciencia nacional, ciencia que agrandaron los navegantes, los capitanes, los misioneros y los soñadores de tierra adentro que se arriesgaron en la conquista del Dorado y el Potosí. El preparado de «das cien yerbas» eclipsó entre nosotros al electuario de Mitridates, y una suerte de «Chartreuse» o de «Benedictine» salvó por mediación nuestra a muchas gentes de una muerte trágica, aburrida y ridícula hasta perder la mandíbula de abajo.

Pero todo cambia y se transforma. Creo que ni siquiera hay ya concejales boticarios. Los que eran fotógrafos, coleccionistas de sellos, pescadores de caña y cazadores con reclamo, pero siempre revolucionarios y románticos y enamorados de veras, como aquel de «La verbena de la Paloma», han perdido toda su alegría al contemplar diariamente en la retorta la constante, repetida y uniforme falsificación de la vida y de las cosas.

Rafael URBANO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

El espejo irónico.

TENGO abiertas ante mi vista las páginas del donoso libro de Wenceslao Fernández Flórez, *El espejo irónico*, y percibo la gran dificultad de comentar la obra de un humorista. Para mí, el crítico puede operar sobre sugerencias, sentimientos o imágenes. La crítica es un contagio provocado por la obra que se comenta; es esta misma obra expuesta de nuevo a través del crítico. La crítica es un tercer grado en la escala de la estilización literaria. El primer grado, lo que podríamos llamar, algo groseramente, primera materia artística, es la realidad sobre la cual opera el artista; el segundo grado es la idealidad personal del artista; el tercer grado es la depuración del crítico. De modo que la acción del artista y del crítico sobre la realidad son dos momentos graduales de una caricatura. Todo artista caricaturiza la realidad. Caricatura, voz italiana, significa recargo de los valores característicos; eliminación de los accesorios o complementarios; extracto y simplificación de fisonomía, agudización del elemento vital o expresivo a costa del armónico. Todo arte, para mí, es caricatura.

Compréndese, pues, cuán difícil resulta extraer aún—caricaturizar—los valores de la obra de un humorista, que es, por esencia, una agudizada caricatura.

El Sr. Fernández-Flórez titula muy acertadamente su colección de artículos: *El espejo irónico*. Los ojos de todo artista son también un espejo curvado en

RICARDO VERDUGO LANDI

El marinista Ricardo Verdugo Landi ha reunido en los Salones de Exposición del Círculo de Bellas Artes un conjunto de sus obras, con las que se definen totalmente una personalidad y una voluntad.

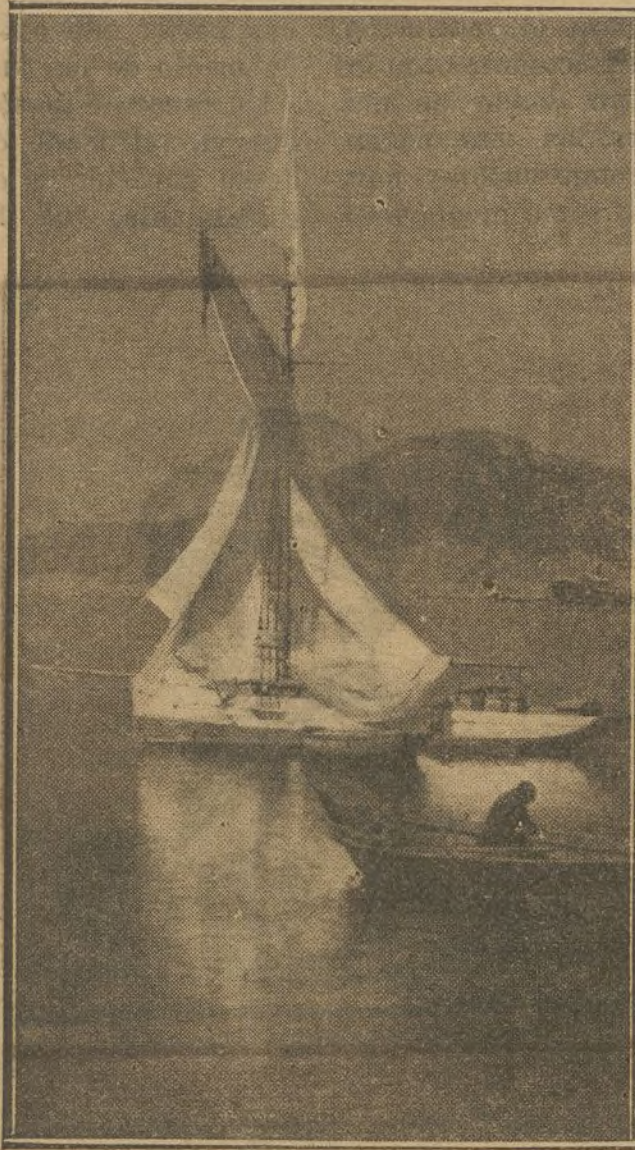
En tema tan rico en aspectos como el mar, ha sabido encontrar el artista un poderoso motivo para su inspiración, que, nutriéndose de lo diverso y fecundo del natural, no ha cedido nada, en cambio, de lo que su espíritu sentía al exponer con la línea y el color su sensibilidad.

En la visión distinta que nuestra luz y nuestros costumbres lugares ofrecen, el pintor ha tenido inagotables temas para exteriorizar su arte con interpretación justa y fiel.

Verdugo Landi, con sencillo procedimiento, franco en su modo de hacer, ha avalorado un género al que por incompreensión no se atendía con el empeño debido. El interés que podía inspirar la exacta plasticidad del «líquido elemen-

to» se perdía totalmente por falta de atinados intérpretes. Ricardo Verdugo Landi, sin apelar a estridencias ni exageraciones inadmisibles, ha creado un valor nuevamente y ha sabido reintegrar tan excelso venero de belleza al lugar merecido.

La personalísima Exposición se compone de un buen número de obras de considerable importancia y de una serie de bocetos y apuntes en que la espontaneidad mantiene la lozanía de una primera impresión poderosa en matices y coloraciones. Ya aprisionando los instantes de calma, ora llevando al lienzo lo trágico y tenebroso del asunto, bien valiéndose de lo principal o bien utilizando lo accesorio como medio necesario para exponer un momento de tiempo o de lugar, el artista ha logrado a la perfección su propósito, que no ha sido otro que el de demostrar con pruebas claras y nobles hasta dónde puede llegarse por caminos reales.—C. P. T.



DOS HERMOSAS MARINAS, «UN BALANDRO» Y «LA PLAYA DE BIARRITZ», POR VERDUGO LANDI

que se reflejan las cosas; cuando en ellas predominan los valores ideales, esa caricatura, exaltada, tomará la forma de Don Quijote; cuando predominan los valores materiales, se llamará Falstaff. Recuerdo haber dicho otras veces que la idea más alta de todas, la de divinidad, se forma en el hombre por una especie de autoadoración; la bóveda imaginaria del cielo es un espejo curvo; cuando en él se mira un hombre de alto espíritu, su Dios es la exaltación de esa espiritualidad; es, propiamente, una inconsciente «apoteosis» del contemplador; pero cuando en él se mira un malvado, su Dios es la exaltación de la maldad.

Fernández-Flórez ha mirado la exaltación con ojos de sutil ironista. Ironista, más que humorista; porque no hay en su obra el amargor de las hondas desesperanzas. Nos descubre lo ridículo más que lo cruel. En la tradición de los ironistas españoles no le encuentro precedente; no pertenece a la estirpe satírica quevedesca, tan agria y desapacible en el fondo; ni a la herencia epigramática o sainetesca, tan superficial, tan amiga de logomaquias sin trascendencia. Tampoco su ironía recuerda el *esprit* francés. La sugestión más próxima que nos causa es la de Mark Twain, porque, como él, opera sobre la vida misma y no sobre los conceptos.

Desde luego, los artículos de la primera parte del libro me parecen muy superiores a los del final. Yo conocía, desde su primera publicación, esas *Semblanzas*, y algo se me ocurriría objetar a casi todas ellas... En mi admiración por el autor, que data desde que empecé a leerle, se ha mezclado siempre alguna tristeza, por haberle visto poner el arma imponderable de su gracia al servicio de causas que considero precisamente «desgraciadas». Por eso es mayor mi placer de hoy al poder dirigirme desde esta tribuna un saludo cordial y la sincera declaración de que algunas de esas páginas (casi todas) no son únicamente amenísimas divagaciones, sino también escarceos de una pluma noble, digna de convertirse en lanza quijotesca.

Nuevas traducciones de Wilde.

Julio Gómez de la Serna ha añadido un nuevo volumen a sus traducciones de Oscar Wilde. Comprende dos obras teatrales. La primera es el drama romántico *Vera o los nihilistas*, con todos los caracteres del género; pero con noble y fuerte pasionalidad. ¿No es el son fatídico de la trompa de Ruy Gómez de Silva el que nos parece oír resonar al final, cuando Vera Saburof (sombra de

Vera Sasulitch) muere por una embriaguez extrañamente ambigua de amor y muerte?

La musa de la paradoja, tan propia a Oscar Wilde, le dicta ya en esta obra de juventud sus aladas sutilezas. Y también se cierne sobre el diálogo la fácil profecía, confirmada después trágicamente: «De las entrañas doloridas y convulsas de este desgraciado país—dice el zarévitch a su padre, el zar—, va a surgir, como un hijo ensangrentado, una revolución que te hará perecer.»

Lo más interesante en este drama es olvidado es su apreciación como primer vuelo de Oscar Wilde. A la verdad, nada anuncia en él todavía la refinada flor de arteficio, la belleza demoníaca, el crítico de las insospechadas sutilezas, de los diálogos peripatéticos por caminos que no fueron hollados jamás.

La segunda obra del volumen es la deliciosa comedia *Un marido ideal*. Sobre el interés de una acción sumamente trivial resalta el diálogo, puro gracejo, explosión de *verve*, unión sin precedentes del sentido inglés de la gracia con la espiritualidad francesa. Encuentro, ya desde las primeras escenas, una sutileza que vale, por sí sola, tanto como una síntesis de todo el ingenio que la dictó: «¡La naturalidad es una pose tan difícil de mantener!» Pero luego las paradojas, materialmente, hormiguean: «La filantropía es el refugio de las personas que quieren fastidiar al prójimo.» «Las cosas pequeñas son siempre difficilísimas de hacer...»

Todo eso es adorable. Pero... ¿no me sugiere, por contraste, las imprecaciones de Musset contra el oropel de la antitesis, y de Flaubert y Verlaine contra el *esprit*? Morbosidad, decadencia, artificio... Un fuerte anhelo de aire puro, de naturaleza y vida, agita los tapices de esos salones capitosos, como en el París dieciochesco agitaba las telas de Watteau el soplo lejano de la futura tormenta...

Gabriel ALOMAR

LA LITOGRAFÍA Y LA PELÍCULA

EL Madrid de entonces tiene para nosotros un prestigio de estampa pintoresca. No necesitamos inventarla. La hemos visto muchas veces con ojos infantiles. Al pie, nuestra memoria pone una canción liviana:

«En la calle del Turco
le mataron a Prim,
sentadito en su coche
con la Guardia civil.»

La escena no tiene movimiento en nuestro recuerdo; todo lo más, la lenta continuidad de un folletín por entregas, cuyas ilustraciones fijan en dos o tres escenas culminantes la acción del drama.

Sobre un fondo de nieve, del que se destaca el letrero de una TABERNA, los embobados melodramáticos apuntan con sendos trabucos, pura marca española, a la berlina, envuelta ya en el fogonazo y la humareda fofa de los disparos, que al lípiz del dibujante ha estilizado con graciosa torpeza verista. El espanto del cochero se transmite al látigo, que cubrebrea hundiéndose el aire, a tiempo que huye con el agudo cabo el lomo de uno de los caballos. A los cuales llamábase los entonces, aún en prosa, corceles; cuyo brio demuestra la litografía, ofreciéndonos escultóricamente encabritados, con gallarda conciencia del momento histórico que une a la heroica suerte humana la suya equina.

Y hasta se ve en el fondo oscuro del carruaje, llevándose la mano al pecho, empujado hacia atrás por la muerte alevosa, al propio marqués de los Castillejos.

Pareja de esta estampa, corre de año en año por España otra que corrobora y

que para siempre, fundiendo leyenda e historia, la muerte de Prim. Vese en ella al rey galantuomo, inclinada levemente la cabeza, en pie ante el catafalco de aquel general tan condottiero yacente en la batalla de Atocha.

La música del comentario popular no tiene el desgarrado acento del himno fúnebre al Espartero, inmortalizado años después por un toro de Miura. El anónimo coplero de Prim, fiel intérprete sin duda del sentimiento del pueblo, más que de la España de los pronunciamentos y las guerrillas.

La musa española de entonces, a ojos del mundo, no es entelequia arbitraria, sino musa de carne y hueso, cuyo retrato litografiado adorna, con las estampas de la muerte de Prim, las encaladas paredes de tal cual posada y de más de un cortijo andaluz. Está representada de amazona, con chaquetilla de terciopelo y calañés. Se llama Eugenia del Montijo. Ya descansa en paz de toda guerra. Su vera efigie de antaño ha perdido toda consistencia real. Se ha roto el hilo del destino que la unía a su raza y a su tiempo. Ha conquistado ya el glorioso limbo de los museos retrospectivos.

Una barrera infranqueable nos separa del Madrid estilo siglo XIX. Nada importa que la historia se repita en sus accidentes. Basta el considerar cuán diferente se perpetúa en nuestro recuerdo,

para que nos percatemos luego de su distinto curso. Madrid se ha incorporado al tiempo presente con saltar de la litografía a la película. De la conjuración, al complot; del trabuco, a la Star; de la berlina, al auto; del apostamiento, a la persecución en motocicleta, hay todo un mundo de movimientos acelerados.

El moralista, el sociólogo, el arcaizante literario, apenas si acertarán a darse cuenta, cada cual por distintos motivos igualmente erróneos, de la profunda significación de la frase que contagió a todo Madrid de la misma opinión improvisada sobre el asesinato de D. Eduardo Dato, apenas se propalaron las circunstancias del atentado:

—Parece una película.

Lo es.

Fáltale, con respecto al modelo, cierto equilibrio que contrapesara la imitación cabal que de la banda de Bonnet han hecho los asesinos, con alguna enseñanza de Sherlock Holmes en los encargados de perseguirlos.

El espectáculo tiene, no obstante, casticísima tradición. No faltará erudito que vea en él confirmadas las normas peculiares de nuestro teatro antiguo, en su característica fusión tragicómica de una acción patética con otra grotesca. Reducida esa fórmula clásica a las exigencias de la moderna pantalla, cobra, a nuestros ojos, las proporciones de una proyección monstruosa, de que fueran protagonistas un Douglas Fairbanks, que uniese a la intrepidez yanqui el espíritu macabro de

un héroe de Dostoyewski, y un Charlot polizonte, sin el humor sublime de Charlot.

G. RIVAS CHERIE

LECTURAS

El número de *La Pluma*, correspondiente al mes de abril, empieza a publicar una farsa magnífica de D. Ramón del Valle-Inclán, *Los cuernos de Don Friolera*. Lleva además una información del *Teatro de la Escuela Nueva*, sus propósitos y primeros éxitos, y variadísimo texto de poemas, revistas de libros y otros interesantes originales que lo completan y avaloran.

Hemos recibido los números correspondientes a marzo y abril de la revista *Cosmópolis*. Contienen artículos de Edmundo González Blanco, Cansinos Assens, Carmen de Burgos, Antonio Viérgol, Eduardo María Segovia, Alberto Valero Martín, Marx Nordau y otros, y las crónicas de París e Italia, de J. Martel y Leonardo Marini.

Se ha publicado el segundo volumen de la *Historia del VII Congreso de la Unión Postal Universal*.

Su autor, D. Antonio Hermosilla, ha recogido en esta obra, de la cual el Es-

tado ha adquirido gran número de ejemplares para sus oficinas, los más esenciales acuerdos de todos los Congresos celebrados hasta la fecha.

Contiene también, entre otras importantes disposiciones, el Convenio postal universal, Reglamento ejecutivo de la Unión Postal Universal, Convenio y reglamento relativo al servicio de Giro Postal, Acuerdo y reglamento concernientes a las suscripciones a periódicos y publicaciones periódicas, y Convenio y reglamento relativos al cambio de las cartas y cajas con valores declarados.

Se ha publicado la interesante comedia detectivesca, original de Antonio F. Lepina, titulada *Clara Moore*; gran éxito de la última temporada teatral.

Editada por la Biblioteca Hispania ha aparecido en las librerías la comedia en tres actos, de Manuel Linares Rivas, titulada *Frente a la vida*, que constituye actualmente el éxito del teatro de Lara.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Nerviosina de T. González De venta en farmacias



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE EL MEJOR ALIMENTO

Y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. — MADRID

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

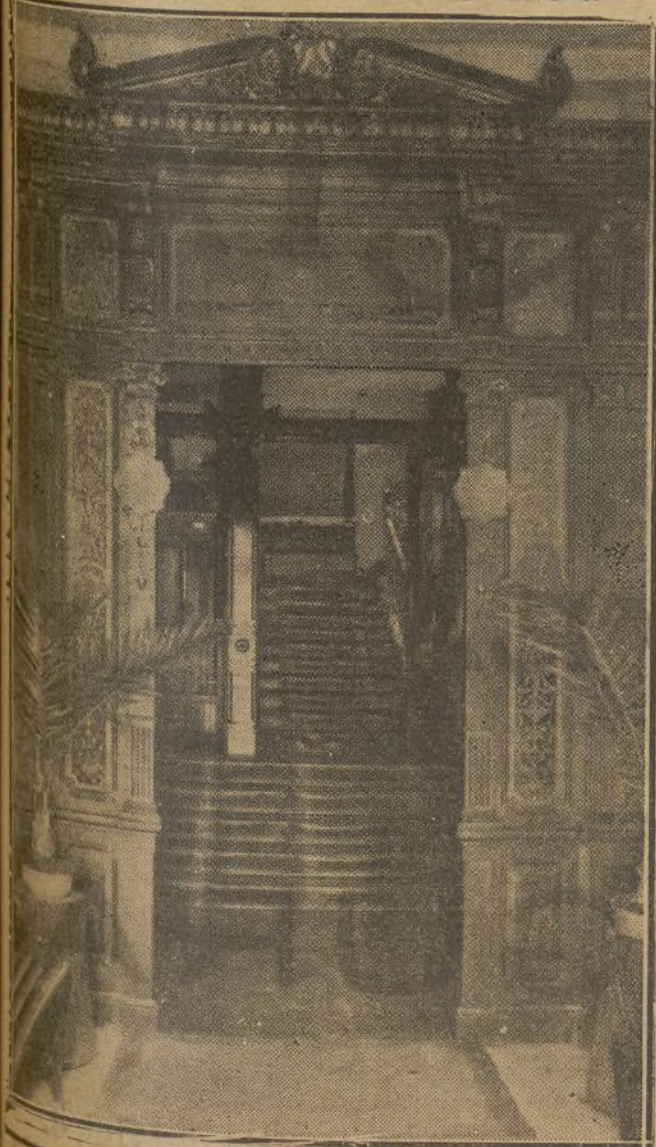
Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño. Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

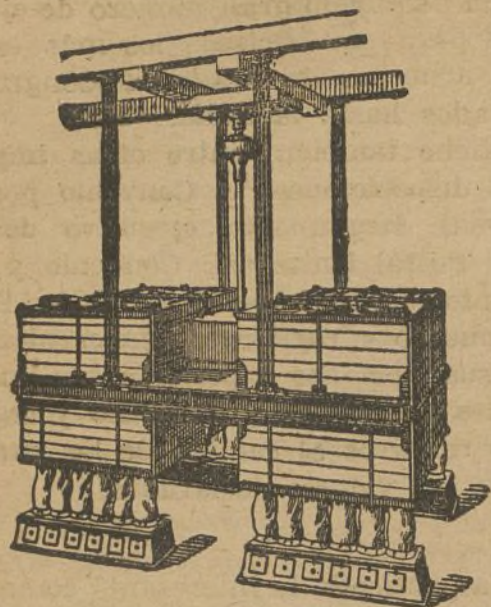
Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.



Entrada al vestibulo del Hotel de París



BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36
MADRID

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para
Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.
Fábricas de Pastas Alimenticias.
Fábricas de Malte y de Cerveza.
Tejerías Mecánicas.
Fábricas de Ladrillos sílico-calcareos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de
FÁBRICAS DE HARINAS
CON MODERNO DIAGRAMA

:: :: :: :: PÍDANSE CATÁLOGOS Y OFERTAS :: :: :: ::

AGUAS DEL INICIO

LA MEJOR DE MESA

A. E. G. Ibérica de Electricidad. S. A.

Dirección-Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Sucursales: Madrid. — Barcelona.
Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.
Zaragoza.

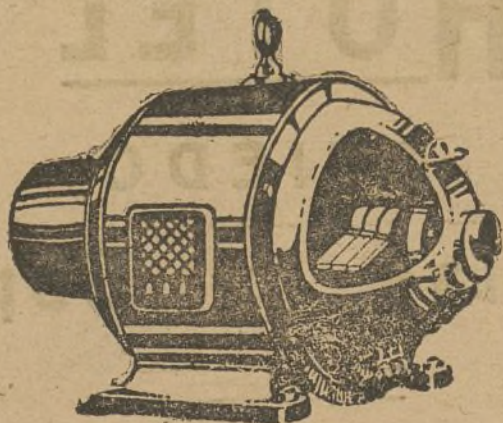


Grandes existencias recibidas
recientemente de Alemania en

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua
y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO



Manuel López
FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60

Ayuntamiento de Madrid

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



¡EUREKA!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

FORMA

DIBUJO
ARTÍSTICO
INDUSTRIAL
COMERCIAL

DVRÁ

GRABADO
TRICOLOR
LINEA
DIRECTO

ESTUDIO Y TALLERES

EL IMPARCIAL

DUQUE DE ALBA, 4, BAJO

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS
J. SEGURA
FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152.

4, Puerta del Sol, 4.